

Ya te vale, Rafa

Nadal es uno más, y ese quizá es el chasco de quienes lo subieron a los cielos como santo sin ver que solo es un hombre



Nadal posa con el ministro de Deportes saudí, el príncipe Abdulaziz bin Turki al Said y la presidenta de su federación de tenis, Arij Mutabagani, el 10 de diciembre durante su visita a Riad.

JORGE FERRARI (2.8 PRO/JORGE FERRARI)



LUZ SÁNCHEZ-MELLADO

18 ENE 2024 - 05:00 CET

📷 f X in 🔗 16 🗨

No me gusta el tenis. Ni el fútbol, ni el baloncesto, ni la fórmula 1, ni las bicis, ni las motos. No es solo que no me gusten esos deportes de pelotas y máquinas; es que me resultan tan soporíferos que si, por lo que sea, me veo obligada a verlos un rato en la tele, entro en fase REM aguda. Quiero decir

con esto, además de que soy un muermo de tía, que soy inmune a la pasión que despiertan sus ritos y a la adoración que suscitan sus ídolos. Con contadas excepciones. Rafael Nadal es —era— una de ellas porque, dándome igual sus puntos, sets y partidos, había conseguido colarse en mi vida desde que me tocó editar un reportaje sobre un chaval de Manacor (Mallorca), que prometía comerse el mundo a raquetazos. Verlo cumplir su promesa ha sido glorioso. Sus gestas en las canchas han formado parte del almanaque sentimental de este país, donde no se hacía verano hasta que Rafa no se rebozaba en la tierra batida de [Roland Garros](#) y mordía la ensaladera después de tenernos en vilo con sus caras de echar el bofe, sus bramidos de parturienta y sus pellizcos entre los glúteos para sacarse los calzoncillos del orto. [Nadal era el novio de España](#), el hijo soñado, el yerno perfecto, el padre ideal, el hombre modelo. El héroe capaz de caer y levantarse mil veces sin dar una bola por perdida y el humano que se hace [un trasplante capilar](#) y sigue perdiendo pelo a ojos vista porque la vida curte y todo no se puede comprar con dinero, ni siquiera el saber retirarse a tiempo. La marca España en persona era Nadal, hasta el punto de que su perfil podría acuñarse en los euros.

Por eso, su decisión de aceptar ser “[embajador](#)” de Arabia Saudí, una dictadura teocrática donde se [hostiga a los homosexuales](#) y se tutela a las mujeres, cuando podría mantener a sus próximas cuatro generaciones sin dar un palo a una bola, no me sorprende tanto como me amarga la boca. [No es el primero](#) ni será el último, por supuesto. Anda que no hay notables blanqueando satrapías por el mundo, empezando por [el rey Juan Carlos I](#) en Emiratos Árabes Unidos. Nadal es uno más en eso. Y ese quizá es el chasco de quienes lo subieron a los cielos como santo sin ver que solo es un hombre. Nadie es perfecto, ni falta que hace, pero cuesta reconocerlo. Dicho esto: ya te vale, Rafa. [¿Qué necesidad tenías de romperme el mito?](#)